



MOMENTOS

ULISES TORRES LÓPEZ



PROYECTO

Almendra



Proyecto Almendra
Miguel Ángel Galván Panzi, coordinador del proyecto

Edición *Édgar Roberto Mena López*
Consejo editorial *Nancy Mora Canchola,*
Alejandro Espinosa Gaona, Alejandro Baca
Dirección de arte y diseño *Carolina Fernández Mendoza*
Arte de portada *Tristram Mason*
Viñetas *Dulce Caballero Ruíz*

Proyecto PB 402015
Departamento de Comunicación, Proyectos Editoriales,
Departamento de Impresiones de CCH Naucalpan.
Calzada de Los Remedios 10, Colonia Los Remedios,
Naucalpan, México, CP 53400

Momentos
Primera edición, diciembre 2016.

© *Ulises Torres López*
© 2016, UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
Ciudad Universitaria, Delegación Coyoacán,
CP 045010, México, Distrito Federal.

“Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio, sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales”.

Impreso y hecho en México

MOMENTOS

ULISES TORRES LÓPEZ

P R O Y E C T O

Almendra

La Bandolera

POR POCO CHOCO. He de poner más atención al volante. Pero la culpa no iba a ser mía ¿cómo iba a ser mía si yo llevo prendidas mis intermitentes? En fin, esos trailers son unos inútiles, ahora entiendo porque a cada rato en las noticias anuncian terribles muertes generados por esos irresponsables. Supongo les pagan lo suficiente.

Estoy ansioso por llegar, posiblemente mi madre tenga preparado el molito de olla que tanto me gusta o tal vez ese chileatole. Pero qué cosas digo, aunque sean unos jitomates y una cebolla, las manos de mi santa lo convierten en un exquisito manjar. Espero poder acompañarlo con unas tortillas de maíz y unos chapulines... ¡caray! Mejor le piso al acelerador, no tarda en oscurecer y si me alcanza la noche será difícil manejar. Mi paladar hoy quiere probar las creaciones de mi madre. Ya puedo sentir las en mi boca, y lo bueno es que sólo falta una caseta.

Es difícil viajar sin compañía, se siente la ausencia de una persona, solamente te queda la máxima concentración sobre el camino porque todo el tiempo mantienes

un pie presionado y el otro a la expectativa y las manos, sólo las mueves un poco en el volante, ¡ah!, pero como cansa la mirada y ese Sol prácticamente devastador. Es desquiciante porque a ratos lastima, tú sabes ¿no? En medio de la carretera... los rayos pegándote. Son complicadas las condiciones.

Estoy muy feliz de estar tan cerca que ya quiero abrazar al viejo. Ya hace varios años que no los he visto, fíjate, la última vez que vine iba en tercer año de secundaria, ahora, he terminado la maestría y me he dado el lujo de venir a visitarlos.

¡Qué locura!, no puedo creer que cada vez esté más cerca (sonríe). Se aproxima un anuncio. "Nochixtlán a 20 km". Mi objetivo está cerca. Después de haberle pasado, a lo lejos puedo observar a un señor de sombrero y con vara en mano, caminando un poco chueco. Me acerco más, lleva de lado un morral y del otro un guaje que no dudo esté lleno de pulque. Espero mi madre también tenga un poco de pulque y si no es mucha coincidencia, aguamiel. Sí, es un viejito. Percibe mi camioneta, se quita su sombrero y ondea lento. Podrá ser un viejito, pero se ve lo bastante fuerte para llegar al siguiente pueblo. Así que mejor... mejor le piso. Ya falta poco.

A escasos seis kilómetros, vislumbro a lo lejos la silueta de una persona, creo que es una mujer. Me acerco.

Sí, es una mujer, al parecer de cabello bastante largo. Me acerco. Mide como metro y medio, de tez morena, con los brazos descubiertos. Se ve muy joven.

Me hace una seña, apenas alcanzo a frenar, se escucha el sonido de las llantas sobre la tierra. Le he rebasado un poco. Comienza a proliferar la tierra suelta. Intento verla a través del espejo derecho, pero no hay nadie, ya no hay nadie. Reviso el espejo izquierdo y tampoco está. Es muy raro, estoy seguro de haberla visto, tal vez ya estoy cansado de manejar. Espera...asoma su mirada bajo el cristal de la ventana. Decido llevarla. Después de todo es mujer y es muy joven. Que tal y no llega a su destino, que tal y en una de esas no llega por el calorón, no la vaya a ser, mejor le ayudo un poquito, además, hay lugar como para tres más en la camioneta.

— ¿A dónde se dirige?

— Voy aquí nomás a Nochis, ¿y aste'?

— Fíjese nomas que casualidad, yo también voy pa' ya' Súbase ándele ¿Qué espera?

— Muchas gracias seño (se sube).

Atisbo su delgada figura, porta unos huaraches y un atuendo bastante raro pero muy bonito. Su cara es muy bonita; redonda, cejas pobladas, pestañas bastante largas, ojos grandes y profundamente oscuros, nariz chata y un tanto ancha, ojos grandes. Tiene el cabello

suelto, no lleva listones o trenzas en la cabeza como acostumbran las mujeres de allí de Oaxaca. Me sorprendió que no llevara morral. No llevaba nada más que la ropa que escondía su delgado e inocente cuerpo. Por lo regular, las mujeres de aquí usan falda larga. Ella no.

Su silencio aturde mi cabeza al primer kilómetro, justo entonces ocurre algo interesante: la camioneta pone a prueba los pensamientos, clamando con ansias inmediato descanso. Preocupa la forma en que el cofre evacúa. Me orillo al primer motel entre los pastos.

Entramos a la fonda tan tranquila, y más tranquila al saber que no hay alma. Toqué once veces, pero nadie. Por suerte no tenía hambre y yo, me la podía aguantar. Ya carecía de ardor la carretera. Yo no manejo en la oscuridad, pero tampoco había quien mostrara los cuartos. Decidí con ella tomar uno sin permiso. Prometí llevarla al otro día. Creí serla mi responsabilidad. Entramos.

Me toma la mano, me suelta suavemente, pasa su mano por mi pecho y eso me excita. Llega hasta mi ombligo. Le gusta seducirme, lo sé porque sonrío de lado y relaja la mirada. Despacio me quita la corbata, es así como consigo su permiso para empezar a desnudarla. Le quito la blusa. La sencillez de sus senos, la firmeza de sus pezones. La contemplo unos segundos. Se ve tan



serena, tan inocente, que creo que nunca lo ha hecho. No sabe lo que va a pasar. Le quito el pantalón aun faltando el calzoncillo. Ella sólo se queda mirándome desde arriba, esta tan tranquila que creo no le provo-co. Le bajo el calzoncillo lentamente. Aprovechando el viaje, acaricio sus piernas levemente con la yema de los dedos. Dejo el calzoncillo en el suelo y ahí estoy, ad-mirando su sexo. Me levanto. Sigue tan serena como cuando tenía ropa.

El momento es incómodo porque estoy aquí fren-te a ella, pero no, nada; ni el intento por desnudarme, solamente está ahí, parada. Así que me quito la camisa bruscamente (que más me queda hacer). Después quito el cinturón, el reloj de la muñeca, el pantalón. Ahora voy por el calzón. “Deja que yo lo haga”, se escucha con voz impetuosa. Intervienen sus manos, baja el calzón brus-camente y se inca. Toma mi sexo con su mano derecha y comienza a besarlo como si ya lo hubiera hecho antes, como si supiera qué hacer.

Decido tomarle la mano; su suave y tersa mano blan-ca que no parecen de una joven campesina. Me acerco a ella, en mi pecho puedo sentir su palpitación. Me re-cuesto sobre... si, es un tapete, ya lo toque bien, sola-mente que, este es muy rasposo y araña la espalda. En fin, no hay otro lugar. La sencillez de sus senos, la firme-



za de sus pezones. Recarga sus manos sobre mi pecho. Se sube sobre mi sexo. Me encanta su cabello sobre sus senos, la hace ver aún más inocente. Sus puntas sobre mí, erizan la piel. Esa mirada, su mirada: me ve fijamente. El calor emblemático de su sexo, la debilidad de sus piernas. Su espalda tan delicada, su piel, ¡ay! (suspiro) ¡su piel! La tomo de esa cinturita tan bien formada que tiene y comienzo a empujarla más hacia mí... bueno, es toda una maestra en esto, a pesar de ser virgen, porque ella me dijo que era virgen, además a su edad, no creo que algún chamaco le haya hecho el favor. Lo hace como si tuviera mucha práctica. Lo hace como si supiera hacerlo. Lo sabe hacer. Me dijo que era virgen. Me ha permitido descubrir su secreto.

Volteo hacia abajo y el sexo sangra. No me había dicho que estaba... espera, es mi sexo totalmente macerado, cubierto de rojizo abundante, con espinas por doquier. El pelaje de burro le ha poblado las piernas. Se le ha deformado la cintura, se le ha desgarrado todo el dorso y le han desvanecido los senos. Sus manos, empujan fuertemente las mías contra algo que rasga las entrañas, algo que atraviesa la sangre y la hace enloquecer. Tiene el cuello todo apuñalado, la cabeza de un cerdo maquillado acompañada de unos cuernos de un fuerte cabro. Puedo escuchar los chillidos de su hocico:

parece que esta excitada. Lo disfruta. Quiero empujarla con mis brazos pero me tiene bien sujeto, las piernas no las siento, a excepción de sus pezuñas.

Desperté acostado sobre biznagas. Aún duele el golpe en la cabeza culpable del desmayo. Ya no está. Parece que la cueva no tiene salidas. Es imposible zafarse de estas espinas pero aun funciona la espalda porque siento como esta empapada a pesar del constante dolor. No serviría de mucho, de todas formas no alcanzo a ver la salida de la cueva. Mejor no me muevo, probablemente alguien pase y entonces gritaré, mientras tanto, pienso en un pulquito.

No me demoraré

EN MEDIO DEL RECUERDO, los adornos florales me remontan a aquel día de campo en que, me hacías sentir sin sentirlo, reír, gozar con tan sólo observarte, sentir mi objetivo vital, verte feliz.

Ahora mis planes se han derrumbado; visualizaba un futuro en donde yo, don nadie, fuera alguien. Donde tú, feliz, fueras mi dueña de por vida. Pero hoy todo se ha averiado. Recuerdo aquel día en que me presenté ante tus padres, en donde mis nervios pudieron más que la elegancia. Como olvidar la pureza de tu presencia, la blancura de tu velo, la facilidad de tu palabra, aquel día que ante el señor, decidiste condenar tu libertad por el hombre más cobarde.

El cirio cada segundo carece más de luz, su cera se asimila a tu sollozo. Lágrimas limitadas, con un fin. Enseguida me viene a la mente aquella noche del verano pasado en que entramos a la tienda de bikinis, me probé uno, dije:

- Y... ¿qué tal me veo?
- Te ves muy guapo amor (carcajadas)

Eres el mejor.

— Que te parece si me mido ese escote -señalé.

— Basta, Charly, me vas a hacer llorar de la risa.

— ¿Te parece este de color amarillo?

— ¡no! por favor, ¡no!, ¡basta!

— Éste es perfecto.

Ella lloró, esta vez no fue de tristeza. Salimos corriendo de la tienda después de haber desordenado varias prendas sin razón. Hacerte reír era la forma en que me pagabas la existencia, la ausencia de mi soledad.

Venus hoy más que nunca ladra, como si le hubieran puesto una cadena de castigo.

La gente a mi alrededor aparenta mal semblante, fingen añorar tu presencia. Nadie te añora como yo. Tácitamente se burlan de mi pesar. Tú tan serena, tan bella como siempre, pero recostada ahí. Eres el centro de esta gran penumbra.

El olor a café, este olor a café es deplorable frente al tuyo pero es difícil concebir la idea de que no volverá a haber tal líquido.

Tú tan ciega y yo... yo sólo buscaba alguien a quien querer. Después de seis años y un mes de haberte conocido, hoy regresa mi maldición.

Ya son las 5:53 am, volteo a mi derecha; algunas personas soñolientas, otras te observan, te observan como

pretexto para meditar en lo que fue y en lo que “piensan”, “será de ellos”.

Lilly, ¿Sabes? Hoy me miré al espejo. No me gustó lo que vi.

La gente cree suplir tu ausencia con unas palabras. El perro no cesa. Tú me enseñaste más de lo que aprendí en la Universidad, pero nunca me enseñaste como se vive sin ti. Mi tristeza sigue aquí, tú no. Las flores llegan todo el tiempo, pero ninguna provoca movimiento en tu rostro. Volteo a mi izquierda; tu padre, recarga el mentón sobre el báculo, tu madre, esta vez, no se preocupa por el que dirán.

Sabes cuánto me alegró que me dijeras “satisfaces mi ser” después de haberte amado como nunca lo volveré a hacer. ¡Por favor regresa! (Me levanto y grito) ¡Lilly ven conmigo, volvamos a vivir! (Tu hermano me retiene ante ti, yo me aferro). Comienzan a interponerse los sacos negros frente a la mirada. ¡Nos separan, Lilly! (grito ahora en mi mente). El bullicio así como inicia, concluye. Logran sentarme.

De nuevo estoy aquí, en la misma silla frente a tu delicado cuerpo, perdido entre nuestras memorias, quieto. Y yo que prometí estar por siempre contigo. Decías “siempre estaré ahí”, decías.

La noche queda aplazada, sólo por ti. Sólo por ti, amor.



Lilly, dime que todo esto no es verdad. Mañana sobraré una almohada. Al abrir los ojos, tu rostro ya no estará ahí, ¿no te volveré a desnudar?, tus cálidas manos en medio del invierno (suspiro), Lilly...te anhele, te extraño demasiado. Sin ti, no podré, no podré solo contra esta sociedad. Vislumbro por última vez tu serenidad. Tomaré una soga e inmediatamente iré al puente cerca de aquí, sí, eso haré, donde nos conocimos, ¿recuerdas? Aquella tarde de tráfico en medio de la lluvia; tu auto humeante, yo dispuesto a ayudarte, ¿recuerdas?

Me levanto. Camino hacia la puerta. ¡La muerte jamás nos separará! (pienso con rabia). La gente comienza a cuchichear, el señor de la entrada pregunta “¿a dónde se dirige, joven?”. Salgo de aquella habitación.

El gallo. El fresco. El alba. Lilly, Polonia aún nos espera primor...

Con tu venia, señor (me persigno), voy a cumplir mi promesa.

No me demoraré amor, no me demoraré...



Convoy

COMO SIEMPRE, descanso la espalda sobre el “por su seguridad no se recargue”. Las mismas caras aburridas y los mismos señores que simulan dormir sobre los asientos reservados, son puntuales. El de camisa de rayas y gorra café, al haber comprado un cortaúñas, no duda ni tantito para darle uso, al tiempo que pasa el señor de las alegrías.

Por ahí de Bellas Artes, se subió una chica muy linda; de tacones, falda y escote misterioso en camisa entallada, no tenía el pelo recogido y sus labios combinaban con su camisa. Las pestañas eran naturales y no necesitaba mucho maquillaje. Los hombres (ya ves que casi ni se fijan en eso) eran tan discretos que casi no se convirtió en el centro de atención. Más o menos, le calculo, tenía unos veinticinco o menos. Cuando notó que la observaba, me miró de pies a cabeza, y es que no sé si soy afortunado o es porque soy el más joven del vagón, pero... ¿Porque se habría fijado en mí? ¿Por qué me habría respondido con la mirada? Y, es que ¿si sabes, no?, cuando una chica te responde con una sonrisa

o un rostro nervioso es porque vas por buen camino. Era seguro que pensaría en ella al menos hasta la bajada en Taxqueña, de camino a la letra “K” y hasta en el camión que pasaría por Calzada del Hueso. Es más, a quién quiero engañar, si bien sé que pensaré en ella cuando menos hasta mañana, porque al día siguiente volveré a buscar su mirada, ya no en ese lado del vagón, sino en todo, a ver si de pura casualidad la encuentro.

No era impedimento que mucha gente se subiera en Pino Suarez para seguir intercambiando miradas. Bastaron algunas para decirnos a donde iríamos y que haríamos al salir por esas puertas rayoneadas. Me quedé mirando entretenido el piso del vagón, analizando cada uno de esos puntitos que se alcanzaban a ver y las grietas de tan explotado piso.

Cuando comenzaba a frenar, me indicó con la cabeza. En alto total, caminó con seguridad hacia las puertas y la seguí. Nos bajamos en Chabacano, dejando que las escaleras nos llevaran al segundo piso antes que comenzara la estampida con la multitud a las espaldas. ¡Tenía que ser justo en Chabacano! Salimos del lado donde el letrero decía: “SALIDA C. ANTONIO SOLIS. CALZ. SAN ANTONIO ABAD PTE.” ¡Tenía que ser justo por esa salida! El de trapeador y cubeta recarga los materiales conservando una espátula para despojar, en un acto

obligado, las plastas ennegrecidas de tanto paso. Cruzamos por el pequeño puente con paredes de cristal, bajamos unas escaleras, pasamos los torniquetes, doblamos la esquina y en segundos ya estábamos debajo del puente recorrido, a tan sólo metros de los autos a velocidad.

Cuando apenas cruzábamos el inicio de la calle me acerqué a su lado, pues hasta ese punto me mantenía a un metro de distancia de su retaguardia. Volteó a verme y siguió caminando. En esos momentos pensé que me había tomado el pelo cuando, de la nada, tomó mi mano y apretó.

Todo el tiempo caminamos sobre la Manuel Caballero. ¡Justo por esa calle! Recorriamos exactamente el camino para llegar a la casa de mi tía Socorro. En cada local se veían las grandes y veloces máquinas de diferentes imprentas y así, cruzamos la 5 de febrero, la Isabel la Católica y la Bolívar. Todavía, antes de cruzar la Lázaro Cárdenas, vi algunas imprentas y sobre la que íbamos ya no era Manuel Caballero sino Dr. Neva. De ahí en adelante, se percibían enérgicos estruendos de metal sobre metal, aferrados esmerilazos y uno que otro de alguien soldando. Era obvio que los depósitos de este material se hacían presentes aunque también había bastantes mecánicos. Dimos vuelta en la Dr. Alvear Núñez esquina con la siguiente avenida Dr. Gómez Santos. Lo sé, puros doc-



tores. Reconocía bien las calles porque ese es el barrio de mi tía y como la visito muy seguido, a veces, me toca ir por las tortillas, el refresco, o hacer uno que otro favor. “102” era el número del edificio. Tan solo tres pisos tenía. Tan pronto entramos, pidió una habitación y se relajó mi alma. Esa tía es el periódico en vida, ahora, imagínate si me hubiera visto, que no habría dicho de mí. Subimos unas escaleras y en un chasquido estábamos frente a la cama. Ambos sabíamos a lo que íbamos, y esa fue nuestra única manera de entrar en confianza.

No había música, mucho menos oídos, pero si de algo estoy seguro es que lo que faltaba en esa habitación era silencio. No duró más de una hora, pero de ese tiempo hicimos una noche. Una vez terminado el asunto, cada quien agarró sus prendas y retomó la identidad con la que llegó allí. Todavía tuvo la amabilidad de tender la cama. Sabíamos que ya no nos necesitaríamos o, al menos, yo lo sabía. Acomodó las almohadas y se sentó. Parecía esperar algo, o a alguien. Yo ya no estaba en el papel como me conoció bajo las cobijas. Muy probablemente yo ya estaría de camino sobre la Gómez Santos pero su tranquilidad espontánea, me decía que algo no andaba bien. Aunque pude irme y no lo hice, preferí sentarme a su lado en la cama, rechazando la oportunidad a la huida. Le pregunté qué era lo que ocurría pero ella se negó con la cabeza. En ese momento pensé con



tantas ganas el levantarme e irme de una buena vez, después de todo no tenía nada, pero una lágrima al recorrer el pliegue de la nariz, estropeó mis planes.

Sentí nostalgia y tristeza por ella al ver como paseaban las lágrimas sobre su rostro, ramificándose sobre esa piel sin gesticulación alguna, sin sentido, nada. Volví a preguntar por segunda vez:

— ¿Qué es lo que tienes?

No respondía. Su mirada naufragaba sobre mares de agua hirviente, desorientada por el vapor, perdida. Me quedé observando el suelo tratando de adivinar en que momento soltaría el primer sonido. Quedó silenciada por un buen rato, dejándome en semejante bagaje sobre lo que habíamos hecho. Yo estaba satisfecho, más no feliz. El momento me hizo recordar cuando estábamos en el convoy, obvio, no tenía mal semblante y se veía con tanta energía que contagiaba las ganas de locura.

Sobre el piso de azulejo aparecían puntitos y unas grietas. A pesar de mi concentración en él, sentí por encima, del lado del corazón, unos suaves toquécitos. Ya no había silencio, se escuchaban voces, conversaciones ajenas. Volteé a ver la procedencia de los toquécitos.

— ¿Bajas en la que viene?

-No, señorita.

“Próxima estación: Villa de Cortés”.

Una pelota bota

UNA MUJER DESVELA. Son unas manos bastas. La cama recogida. La casa como en feria. Un hombre grita y grita. Omities la llamada. Azotará la puerta. Recordarás la feria y terminarás cansada.

Preparas la comida. Cubiertos en la mesa. Los niños ahora juegan. La cama destendida. La voz se agrava en tiempo. La soledad permea. Los pensamientos bastan. Las metas ya carecen. Otra vez destendida.

Con la barriga llena. Un cesto al borde ropa. Unos brazos mojados. Subes carga pesada. Subes al tercer piso. Ellos te seguirán. Tiendes la camiseta. Tiendes los calcetines. Una señora tiende. Un pantalón gotea. Una niña se ríe. El hermano se ríe. Una pelota bota. Unos tenis rechinan. Unas piernitas brincan y unas palomas vuelan.

¡Bendito aquel que creó la alarma!

TENGO RESISTENCIA a abandonar las cobijas, pues son las 6:30 am. Apenas hace una hora pegué el ojo y al perro de la vecina se le ha ocurrido comenzar el show. Y yo que ya había superado el ruido de los grillos. En fin, aún hay tiempo para darme una ducha y así lo decido, aunque mi espalda pegada al colchón y mis bellos erizados que han visto la enorme sombra detrás de la puerta de baño, se resisten a salir de la cama.

Me impulso con la cabeza y, sentado, percibo la frialdad del suelo en mis talones. Me quedo observando mis tenis fijamente y me pierdo pensando en quien sabe qué cosas, entonces recuerdo que fue lo que me despertó. ¡Bendito aquel que creó la alarma! (exclamo en mi mente). Ahora apunto la vista hacia el foco sobre mi cabeza. Se escucha el caer del jabón sobre el retrete y enseguida unos pasos presurosos. En efecto, son unos tacones. Repentinamente, me levanto a tientas y desvíó mi mirada hacia la puerta de baño. Con cautela me acerco, silencioso, temeroso. A medida que lo hago mi

corazón late más y más, comienzo a sudar y mi respiración enfría mis fosas nasales.

De camino, me pego en el dedo pequeño del pie derecho con el mueble que está dos pasos antes de la puerta de baño. Levanto mi pierna con la intención de poder alcanzarlo para sobar. ¡Siempre me pego en ese maldito mueble! Escucho algunos murmullos, como si varias personas se burlaran de mí. No hay nadie.

Sigo hacia la puerta. Mi dolor ha disminuido. Tomo la manija, quedo estático. Muevo la manija, mi respiración se contiene y todo se vuelve cada vez más lento. Empujo la puerta, centro la mirada, aprieto los dedos de los pies, los dientes, mi puño y...es el mismo baño de todos los días. Me relajo, retrocedo un paso y cierro la puerta, me tomo unos segundos para respirar, considero seriamente dormir cinco minutos más, pero mi decisión se ve interrumpida porque percibo los mismos pasos detrás de mí, en mi habitación. Dichosamente se pasea por mi aposento como si disfrutara el estar ahí, como si fuera su casa. Se escucha el rechinado del colchón, se calman los pasos. Me relajo por segunda vez. Parece, se sentó en mi cama, Toda fuerza abandona a mi cuerpo. De nuevo, se escuchan aquellos pasos, aquellos pasos que asemejan la pena de una mujer; la lujuria y el castigo en carne propia. Comienza a producirse más

cerca el golpeteo de esos tacones, más cerca, más cerca de mi espalda. Cesan los pasos. Minuciosamente, siento su respiración en mi hombro, inhala una vez...exhala otra... Pienso en todo lo malo que he hecho, me encomiendo a todos los dioses que conozco y hago un pacto con ellos. Prometo ser una mejor persona, sólo quiero que todo acabe.

Mi mente apabullada, mi cuerpo a la expectativa. Ya no se siente la presencia abrumadora tras de mí. Me armo de valor. Decido voltear; todo se ha vuelto totalmente oscuro, solamente puedo observar mi cama, mi alarma, y una ventana a mi derecha que no había notado. Qué raro, ¡no tengo ventana! (pienso). Se ve un puño tocar tres veces el cristal. La curiosidad de esa mano me llama la atención así que, doy un paso a mi derecha y me encuentro frente a ella. Aparece una cara roja y desgarradora de una mujer. No es posible lo que veo.

Los edificios se consumen en medio del humo negro, se desploman sobre los autos a media calle. La gente corre ardiendo en llamas, los niños sangran antes de calcinarse. Algunas personas se azotan contra las paredes, otras, se avientan desde terceros pisos. Se escuchan lamentos que provocan un trago de saliva inesperado y un fuerte escalofrío en la espalda. Sí, eso es lo que se ve en su mirada. Su nariz es pequeña. Espera, no tiene

nariz. Su boca, parece ser normal. Inclina la cabeza hacia su hombro derecho. La vuelve a poner recta. Me mira fijamente. Me sonrío pero solo tiene seis dientes, mismos que se le comienzan a caer. Su sonrisa se agranda. Se le desbordan los ojos y el viento se lleva los pocos cabellos que tiene.

Las voces a mis costados me dicen que la siga viendo. Mi mirada sigue enfocada en ella. Se escuchan sus gemidos como si gritara directamente en mis oídos. No soporto más. Doy un brinco y corro rápidamente a mi cama, me tapo y, bajo mi cobija, abrazo fuertemente a mi hermano. Quisiera creer que esto es un sueño. El perro de la vecina ha dejado de ladrar, los grillos, de cantar. Todo es silencio, sólo quedamos mi hermano y yo. De pronto, lo noto demasiado rígido y sus lágrimas enfrían mi pecho, entonces recuerdo que esta vez no durmió conmigo.

Cotidianidad

Y UN DÍA TE LEVANTAS sin siquiera saber tu razón de ser, la finalidad de una tarde más, el objetivo de tu cuerpo, o tu misión en la inmensidad. Lo primero que haces es preocuparte por tu última tarea encomendada. Sueles lidiar con tus ojos cada que ese resplandor blanquecino entra por la ventana. Ya has prolongado diez minutos más tu alarma. Por fin decides levantarte (por compromiso) pues sabes plenamente que tus hijos no se alimentaran de la nada y porque también sabes que a las tres faltas te corren del trabajo, y ya llevas una. Sientes el cambio brusco del clima al salir de esas cobijas que has dejado calientitas; dos de lana y un edredón. Sientes ese sabor asqueroso de todas las mañanas, te pones las chanclas con las que ya llevas un año, recargas las manos sobre las rodillas y deleitas la mirada con las venas de tus pies. Los observas como si no lo hicieras a detalle todas las mañanas. Te vistes, te peinas, medio desayunas y apenas te despidas; sales corriendo de tu casa a gran velocidad.

Paras aquel camión que pasa por Zapata. Pagas con los últimos cuatro pesos sudados en la mano. Como es

costumbre no alcanzas lugar y aunque lo hubiera, dejarías que se sentara la señora más cercana. Te agarras bien del tubo porque sabes que los arrancones se ponen buenos. Bajas del camión y te subes al metro para pasar por cinco estaciones y transbordar en Atlalilco: la última estación en funcionamiento. Recorres los largos pasillos del transborde y subes a un diferente vagón que recorrerá en su mayoría un sendero en superficie a otras cinco estaciones para llegar a Coyuya. Caminas un poco hasta llegar a Julio García en donde está tu chamba. Después de trabajar once horas soldando carretillas, esperas recibir tu pago con ansias pero la falta de trabajo repercute en tu salario.

Regresas por los mismos medios a esperas de una deliciosa cena. Llegas a casa pero hace falta dinero y es lo que hay; comes. Te asomas a su cama: babea ambas boquitas; la otra toma lechita.

Te sientas un momento a sumar las cantidades. La próxima semana quizá ya no habrá gas según dijo tu esposa; acompañado de un beso en la boca y un abrazo en un acto solemne. Te han salido unas ampollas de tanto remachar y martillar. Te esperas un momento en la silla incómoda, pensando en que quizá la próxima semana ya habrá más chamba y que dentro de un mes ya llegará el aguinaldo. Te vas a la cama sin saber si el día de mañana

te estarás preocupando por la próxima tarea.

Lo primero que escuchas al levantarte en medio de la madrugada; es el lloriqueo de la niña. Inmediatamente corres a su cuarto, la cargas, comienzas a arrullarla. Te sientas sobre uno de los bordes de su cuna, ella, comienza a quedar silenciosa, entonces consideras buen momento para empezar a creer que tu vida es un desastre, pero ni modo, sabes que es la vida real y en una vida real no todos los cuentos son de final feliz.

Coyul

ABRES EL CORRAL y saben qué hacer, con tranquilidad dejan excreción en el camino. Bajas aquella pendiente sobre uno de los camellones dividido por el erosionado terreno con forma de canal. Dos de los de cuatro patas, cuidan a los rezagados al igual que el otro a las de un costado. Apenas pinta el resplandor en el horizonte, los botones despiertan ansiados al brillo en su follaje. Las que no tienen capullo, tiemblan por el viento arrasador que quema en la piel. En el valle sorbes con ayuda de las manos del ojito de agua. Ahora, partes en ascenso el largo camino inclinado entre verdoso. No tan lejos, a la par, se ve subiendo el sombrero de un hombre, las orejas de un burro erguidas, la cabeza. El cuello tirado de una sogá, pende de las curtidas manos del hombre a medio monte gemelo.

Atas la carga de leña con el viejo y seco mecate, la montas en tu espalda. Caminas de regreso con la cantidad encomendada. Recuerdas, te encargaron unos coyules para preparar una salsita de molcajete, así que vas agarrando cuanto mejor coyul en el monte se cruza

en tu camino. Debajo de una roca redonda brotan seis de ellos, todos con gran tamaño, alumbrados por el haz de luz que acecha la montaña, no los dejas pasar y tratas de colectarlos. Rozando las hojitas con las yemas de los dedos, no te percatas del pantalón atorado en una espina de planta desértica, ni de la roca no muy firme que pisas, causando tu inesperada caída entre camellón y camellón, en el inmenso surco.

Te levantas con susto en medio del interminable. Sacudes la parte de la entrepierna del pantalón. El alacrán amarillo sale volando por el manotazo. No encuentras a tus ovejas, solamente está el Negro y el Lobo atentos a tus movimientos, falta la Catrina. Tocas tu frente adolorida, revisas tu camisa manchada por la sangre. Te duele un lado de la cabeza. Te cuesta trabajo caminar pero hay que regresar a casa con la leña. Regresar por el camino: cuatro pequeños montes y un arroyo para atravesar tus tierras, tu campo y llegar a tu cabaña. Al subir a la primera cresta se adormece la espalda pero eres fuerte como el roble. Desciendes. Ahora no responden los brazos y poco a poco tus piernas pierden fuerza. En ese valle no hay ojito sino hasta el siguiente. Pretendes preparar un brebaje para dirimir el dolor.

Terminas por subir a gatas apenas el segundo monte de regreso con las puntas de las manos totalmente ador-



mecidas y friolentas. Las alucinaciones después de la subida son normales. Sacas la cartera de piel. Ves a tu madre, la has vuelto a ver desde el levantamiento de la cruz. Ves aquel pálido remedo, sumisa y conflictiva imagen despierta sentidos. Revive atrapada en incoloro, como película de antaño. Carga un rebozo sentada, espalda al árbol y entrecortada en el recuerdo. La devuelves a la cartera. Terminas de llegar a la cima con exagerada respiración. Imitando el alivio de tu madre: buscas recargar la espalda en el árbol más cercano. Ya anocheció y no has llegado.

Los únicos que no te dejan son el Negro y el Lobo. Cae la noche más oscura que has visto. Los coyotes llegan uno a uno. Velarían tu sueño y te quitarían el dolor. Tus únicos compañeros te defienden a muerte. Ladran de distinta manera mientras tomas del guaje tu amargo de coyote. Tu esposa seguramente estaría moliendo en el metate el trigo para las tortillas. El recuerdo toma vida, tu madre te arrulla con cariño, da la vuelta, camina por un lado del árbol con paso firme de huarache sobre el empedrado. Se va alejando por el camino marcado entre la yerba. Se va alejando.



Sobreviven

SE PARECEN, se alimentan, se pelean el pan, se pelean el agua, se pelean la carne, se pelean hasta los huesos. Se vuelven a reunir, se aparean, se excretan, se rascan, se estresan, se jerarquizan, se carrerean, se organizan, se contradicen, se desorganizan. Se huelen, se siguen, se rozan, se lamen, se encariñan, se excitan, se duermen, se reproducen. Se amamantan, se amontonan, se enciman, se cuelgan, sobreviven, se acostumbran. Se observan, se roen, se divierten, se montan, se arrastran, se empujan, se gritan, se agreden, se enfrentan, se pelean, se arañan, se muerden, se soportan, se desplazan y se vuelven a fornicar. Así, como ratas.

La sombra

ATURDIDO, o más bien segado por la culpa, es cómo te sientes, hombre. A duras penas sabes en donde te encuentras, perdido entre el negruzco escenario. ¿Mentira o verdad? Anclado al ardiente piso (maleable como la arena).

Intento tras intento, sufres el cálido augurio de la resignación al no poder levantarte. Lo intentas de nuevo más por desesperación que por finalidad. Vez aquella sombra en busca de ayuda. Tratas de caminar y esta te espera, corres para pedirle ayuda pero se esfuma; sombría y desesperante presencia, coqueta y soberbia ante el favor. Volteas a tu derecha y ahora está ahí, corres, corres más y más pero de nuevo se vuelve a esfumar: vacila. ¿Será incertidumbre o temor el que domina?

El día de ayer te encontrabas cenando un rico pan con café después de la soleada. Hoy, estas en medio de un lugar que nunca has visto, un lugar en donde has entrado pero desconoces si hay salida. ¿Cómo llegaste ahí?

Te han tendido una trampa, pues cuando intentas alcanzarla sientes en la espalda la firmeza del empuje.

La cabeza no te ha dejado voltear, pero la premisa es que estas sudando ya de tanto correr y el piquete no es impedimento, pero como molesta. Vuelve a aparecer al otro lado, piensas que es tu opción para salir de esta. No lo piensas más. ¡Corre amigo, corre! Hazlos felices con tu dulce desesperación, haz realidad el sueño frustrado de esa sombra. Ya está en el otro lado, que esperas, ve por ella: es tu boleto de salida. El sudor de la espalda y cuello ya es exagerado y que esperabas, si el calor es abrazador. El dolor va paralelo al sudor y es que es por la edad, según piensas.

Búscala, vuélvela a buscar. Síguela, vuélvela a seguir. Búscala. Cuando la hayas vuelto a buscar, solo síguela con la mirada y acércate lentamente. ¡Sorpréndela! Buen intento. Trata de correr con mejor suerte. Otra vez ese piquete, ya lo sé, pero no te rindas. No caigas ante el berrinche del dolor tan insignificante. Vuélvete y anda hombre, anda como a diario solías hacerlo. Lúcete como solo tú sabes. Déjate retar por el eco de la ola.

Sigue la sombra, no claudiques ante la venia de la burla. Toma aire de nuevo, vuélvele a buscar. Ahora sí, ahí está. Le has tomado por sorpresa. Aprovechate. Te has topado con la sombra misteriosa pero no es por cuenta propia que se mueve, sino más bien por sumisión. Observa esas fuertes piernas forradas de piel que

la sostienen. Detente en la cintura un momento y dime quien es esa bestia que la manipula. Vele el pectoral y los cuernos blancos que sobresalen del cegador halo del sol.

Siente esa barra fría interrumpir tu calor corporal. Contéplale el rostro. Mírale los ojos. Mírate en sus ojos. Descansa. Tírate. Ya estás listo. Descansa. Quédate con la pregunta.

Ha ganado el premio de premios, el respeto de todos. Los aplausos y las rosas. El público bufa de satisfacción, y es que han presenciado el acto sin intervenir. Han dejado en vuestras manos el cumplimiento de deseo anhelado por sus impulsos.

El cuernudo rebana la oreja de la bestia en el suelo.

Han puesto fin, al dulce acto de la tauromaquia.

¡Quítense esas horribles máscaras!

QUÍTENSE ESAS HORRIBLES MÁSCARAS pero por favor sigan danzando, dancen con esa cadencia que los caracteriza, bailen con esos cuerpos maravillosos llenos de curvas que, evolutivamente, tienen fin de cautivar. Tremendamente fascinantes. ¿Por qué se aferran a la idea de no ser aceptados? ¿Por qué le temen a la realidad bajo una máscara ajena?, es más, bajo esa máscara vacía. Saquen de su repertorio esa horrible osadía cultural de ser grotesco. Perduren entre la paradoja del más sabio, absténganse del arrepentimiento, mas no de los errores, pero gócenlos sin bruma porque el umbral es corto y la agonía eterna (perdura). Si son de paso es muy plausible, parece pertinente. Si van de mano hoy yo renuncio. Porque el más incrédulo añora el estereotipo, mientras el enamorado adora al más incrédulo.

Quítense esas horribles máscaras, asfixian, quitan el sentido a lo perfecto; a lo admirable, a lo indeciso, a lo crucial. Es genuino decir “son hermosos” cuando el contexto lo amerita.

Inmortalícense en las mentes perturbadas como el



recuerdo de lo que fue y de lo que es sentimiento universal; de lo inigualable, de lo incomparable, de lo inimitable, de lo real. De lo único bueno en esta vida, de la delicia que es poderlos ver en esta pequeña parte de nada, porque en medio de la nada lo real se vuelve sufrimiento, sufrimiento que prevalece en la ligera cuerda en medio del vacío, sufrimiento que aun así dirá nada con todo y esfuerzo, pero se tornará con tal sentido que hará de nuestra vida lo que nunca existió, en aras de esperanza, porque no hay ideal más nublado que este. Cortina creada para olvidar el porqué; intensamente densa que arrulla y mantiene quietos a quienes lo intentan. Y esa será tu más grande fortuna, hacer de este sin sentido la pasada más radical en sus segundos, porque la belleza apacigua el dolor y perturbación, hace que olvide el miedo y, por cuestión de nada, miserablemente hagas que esos vacíos se vuelvan bellos. Eres la ranura; el pequeño escape por donde el más incauto se puede filtrar para inmacularse al menos en ese sueño secundario muy lejano a este, y hacer de aquella imaginación, lo único contundente.

En medio de la oscuridad sigue danzando que el tiempo es veloz y nuestro viaje en él casi termina. Haz de estos últimos segundos el momento más polémico de



la existencia con tan reiterante petición: “Quítense esas horribles mascararas”. Solo de esa manera, llegaré a escapar del sufrimiento de la vida; presenciar que tu rostro se ha quitado el maquillaje mujer.

MOMENTOS

de Ulises Torres López, editado por el Colegio de Ciencias y Humanidades Naucalpan, se terminó de imprimir en diciembre de 2016 en los talleres de Ediciones Corunda, Tlaxcala 19, Col. San Francisco, Delegación Magdalena Contreras, CP 10810, en la CDMX. La edición consta de 1000 ejemplares, se imprimió en papel Cultural de 90 grs. para interiores y cartulina sulfatada de 12 grs. para los forros; en su composición se utilizó la familia tipográfica Crimson Text; la impresión es offset. El cuidado de la edición estuvo a cargo de Alejandro García y Édgar Mena.

Este libro se publicó gracias al apoyo de la DGAPA, Proyecto Infocab PB 402015





DIRECTORIO

UNAM

Dr. Enrique L. Graue Wiechers

Rector

Dr. Leonardo Lomeli Vanegas

Secretario General

Ing. Leopoldo Silva Gutiérrez

Secretario Administrativo

Dr. Alberto Ken Oyama Nakagawa

Secretario de Desarrollo Institucional

Dr. César Iván Astudillo Reyes

Secretario de Servicios a la Comunidad Universitaria

Dra. Mónica González Contró

Abogada General

Mtro. Nestor Enrique Martínez Cristo

Director General de Comunicación Social

CCH

Dr. Jesús Salinas Herrera

Director General

CCH NAUCALPAN

Dr. Benjamin Barajas Sánchez

Director

Mtro. Ciro Plata Monroy

Secretario General

Mtro. Keshava Quintanar Cano

Secretario Administrativo

Ing. Reyes Hugo Torres Merino

Secretario Académico

Mtra. Lilia Olivia Muñoz Barrueta

Secretaria Docente

Biol. Guadalupe Mendiola Ruiz

Secretaria de Servicios Estudiantiles

Biól. Gustavo Alejandro Corona Santoyo

Secretario Técnico del Siladin

Lic. Fernando Velázquez Gallo

Secretario de Cómputo y Apoyo al Aprendizaje

C.P. Ma. Guadalupe Sánchez Chávez

Secretaria de Administración Escolar

Lic. Rebeca Rosado Rostro

Jefa de la Unidad de Planeación

Lic. Laura Margarita Bernardino Hernández

Jefa del Depto. de Comunicación

Lic. María Eugenia Ortiz Luna

Jefa de Depto. de Impresiones



